

Momo pinta en la calle encapuchado y camuflado entre el gentío del sábado noche, ya que aquello era ilegal.

Se trataba simplemente de arte urbano y libertad de expresión, pero sin embargo estaba prohibido, arriesgándose a ir a prisión o pagar una multa astronómica.

Pero merecía la pena, y estaba seguro de que su estencil iba a gustar.

En él aparecía la concejala de medio ambiente del ayuntamiento de Madrid con una máscara antigás.

Hombre, Madrid nunca había sido Berlín, con hierba junto a las aceras y la gente yendo al trabajo en bicicleta, pero la verdad es que si cobraba un buen sueldo por ocuparse de las condiciones medioambientales de la ciudad, estaba claro que había descuidado por completo sus funciones.

Lo máximo que se le había ocurrido había sido cambiar de sitio los medidores para que los datos se amoldaran a las normas europeas, sin pensar que esas leyes estaban hechas como los mandamientos, por el bien de los seres humanos y no de Dios.

Él y miles de madrileños que escribían en foros ecologistas pensaban que esa negligencia debería haberle costado el puesto, como a su marido las suyas, y tenían fe en la democracia pues en veinte días habría elecciones municipales.

Se trataba de una cuestión de vida o muerte puesto que millones de personas estaban respirando veneno.

La boina de contaminación se había convertido en la noticia estrella, y a pesar de ello no se le había ocurrido mover un dedo; es decir, restringir el tráfico, y ya no digamos implantar un sistema de movilidad ciclista al alcance de todos, como el que tenían en otras grandes ciudades como París.

Él llevaba enfermo desde hacía meses, primero la garganta, luego con fiebre, después un catarro eterno, y al final se le había quedado un moqueo crónico, que según su médica era alergia a la primavera.

¿Pero que primavera si allí sólo había asfalto y por falta de tiempo no había pisado un parque desde hacía años?

Además no era el único, todo el mundo que conocía estaba igual, y lo peor de todo es que eso le consolaba, lo que debía significar que tanto dióxido de nitrógeno le estaba afectando no sólo a los pulmones.

Y pensar que no había querido fumar porros precisamente para no volverse un retrasado mental como la mayoría de los jóvenes de su generación, que entre el alcohol y los canutos estaban todos atrofiados.

Los marroquíes fumaban hachís, pero eran normalmente los ancianos los que lo hacían con fines terapéuticos, bien porque le dolían los huesos o simplemente porque querían relajarse y desconectar; mientras que a los jóvenes ni se les ocurría porque lo que pretendían era estar lúcidos, en todo caso agudizar los sentidos, y todo con un fin.

Pues precisamente por eso mismo él se había hecho artista urbano, porque como para ir de tío alternativo había que fumar porros, al menos en su barrio, y él se negaba por la razón mencionada, le había dado por eso que también quedaba muy enrollado.

¿Y todo para qué?

Pues para que iba a ser, para gustarle a las pibas y follar, que sin tener coche por eso de ser ecologista significaba que te tenías que casar, como le había sucedido a él, que ahí donde lo ves tenía dos hijas y unas ganas de salir por la noche para poder tomar un poco el aire que se moría.

Y no es que el aerosol no fuera tóxico, pero al menos quedaba ahí para la posteridad, y no la laca que usaba la susodicha concejala.

Pues la verdad es que debe ser cierto eso de que el arte resulta terapéutico, piensa pudiendo milagrosamente respirar sin dificultad.

Momo ya ha terminado su jornada de trabajo artístico sin incidentes y se dirige a Alonso Martínez, donde ha dejado la bici.

Está contento porque ya ha habido gente que le ha felicitado por el estencil, aunque no cree que vaya a tener tanto éxito como el que había hecho en el 2003 en el que aparecía el marido de la concejala con orejas de Mickey.

En ese caso quedaba muy claro el mensaje, el de la invasión cultural y bélica que de la segunda guerra mundial nos conducía a una tercera como si de un juego de niños se tratara.

Lo que más le satisfacía de salir a pintar en la calle era el hecho de poder comunicarse con la gente y saber lo que opinaba.

Respecto al tema de la intoxicación del aire en la ciudad, hubo al menos veinte personas que esa noche reconocieron haber pasado por el mismo suplicio durante los últimos meses.

Sin embargo, como la comunicación era unidireccional, los periodistas no tenían la libertad de expresar lo que realmente sucedía, y un grave problema de salud pública como aquel había permanecido silenciado.

Consideraba que aparte de los blogs y las redes sociales, apenas existía una legítima vía de comunicación capaz de expresar la verdadera opinión ciudadana.

Él lo sabía porque trabajaba para una revista femenina, que le parecía una de las más alienantes de todas; pero no tenía otra alternativa, pues no existían tantos puestos de trabajo para un diseñador gráfico como le gustaría.

A los que poseían la fuerza de trabajo como él, jóvenes con ansias de crear, no les quedaba más remedio que servir a los poderosos para ganarse el pan.

Antes no había tampoco mucho donde elegir, y ni siquiera existía el diseño gráfico, pero al menos uno podía establecerse como autónomo y vivir con desahogo.

Sus padres tenían una librería y durante décadas habían realizado honestamente su labor de difusión de la lectura en el barrio.

Aunque ahora estaban a punto de cerrar porque todo se había vuelto impersonal, y las nuevas generaciones de vecinos, guiados como los corderos por la publicidad, se dirigían a comprar a los grandes como el Fnac.

Lo mismo había pasado con todo tipo de mercancías como la ropa, la comida, los muebles...

Cómo no iban a cerrar las tiendas de los barrios si el mundo se había convertido en patrimonio de las multinacionales y los países estaban gobernados realmente por ellas.

A su modo de ver el mundo se dirigía hacia una dictadura económica controlada por un mafia política que a su vez debía obedecer a la publicidad, de la cual se nutrían los medios de comunicación que guiaban a las masas.

Por eso le parecía que lo más lógico para el mundo entero, especialmente los países desarrollados, sería comenzar a pagar de una vez la tasa Tobin antes de que la mitad de la población se quedase en la ruina a causa de tanto monopolio económico.

Por ese motivo hacía años que pertenecía a Attac.

También era miembro de Pedalibre, y esperaba la manifestación del día siguiente como agua de mayo.

Desde joven tenía conciencia social, y el derecho a respirar le parecía fundamental.

Quizá el haber vivido en Berlín, donde había estado de Erasmus cuando estudiaba Bellas Artes, le había abierto los ojos sobre la situación en su propio país.

Allí se había aficionado a la bici, y aunque sabía que arriesgaba su vida, luchaba cada día por poder ir a trabajar en ella.

Como tenía un amigo que trabajaba en un bar en Alonso Martínez, se plantea si irse a casa o pasarse a hacerle una visita.

Momo se despide de su amigo cuando ya ha comenzado a amanecer. Habían permanecido casi dos horas sentados en la plaza de Alonso Martínez hablando de música, que era la pasión de su colega. Por ese motivo trabajaba en ese bar, ya que entre semana pasaban por allí las mejores bandas de jazz y de blues del mundo. A veces incluso le permitían tocar un ratito la batería con ellos. Qué tendría la música para ser capaz de llenar toda una vida, se preguntaba mientras Marcos le contaba emocionado sus experiencias con músicos de los que él ni siquiera había oído hablar, y dudaba que volviera a escuchar alguna vez sus nombres. Se diría que en ese sentido aquel era el rincón más neoyorkino de la ciudad, aunque los fines de semana se convertía en un garito vulgar lleno a rebosar. Como tenía cierto renombre, los que iban allí los sábados a beber, esnifar y ligar, se consideraban gente con clase. Según su amigo eran treintañeros de familias adineradas con buenos puestos de trabajo que venían con ganas de tirarse a quien fuera. Al parecer las mujeres, las típicas rubias de bote, iban derechas a por él. Según se las describía, eran igualitas a los modelos femeninos que promocionaba la revista en la que trabajaba; es decir egoístas, despiadas y agresivas, buscando sexo al estilo de la serie americana favorita de todas ellas. Luego estaban los hombres, más tranquilos pero tan sólo en apariencia, dado que el hecho de tratarse de expertos cazadores de carne humana durante siglos les había vuelto taimados, aunque el brillo lascivo de sus miradas también asustaba. El dueño lo tenía clarísimo, por un lado estaba su pasión por la música que le costaba dinero de su bolsillo, ya que la ciudad no era aficionada a esos estilos musicales, pero por otro aprovechaba la afición del personal al ligoteo para compensarlo. Así que los fines de semana empleaba a los camareros como carnaza para nutrir a las fieras, y así salía de allí su amigo, destrozado física y moralmente. Se habían conocido en el colegio y siempre se llevaron bien, aunque sus vidas poco tenían en común. Si la suya podía considerarse de lo más común: padres normales, carrera, trabajo y matrimonio; la de Marcos parecía un tango. No en vano su madre era argentina, aunque de origen español, casada con un italiano del que pronto se separó y luego se vino a Madrid. Trabajaba de modista, y su único hobby era hacerle la vida imposible a su hijo. Entonces, para no tener que escucharla, había comenzado a refugiarse en la música. De adolescente se pasaba el día metido en Madrid Rock o tocando la batería. Y así había seguido hasta que un buen día se enamoró. Él había presenciado aquel momento tan crucial en la vida de su amigo. Se habían ido de Interrail por Italia, haría ya más de diez años de aquello. Estaban tirados en la plaza de San Marcos, fumando porros tranquilamente, cuando una chica guapísima con acento argentino se acercó a pedirle fuego. No sabía lo que le había sucedido, pero se quedó como en trance. Ella dejó a sus amigas, se les unió aquella tarde, y luego por la noche. Al día siguiente, cuando fueron a dormir a la playa, ellos desaparecieron. Tras aquel fulminante flechazo, se marchó a Buenos Aires; pero luego, cuando todo se fastidió por allí, regresaron a Madrid. Ella trabajaba, pero él se empeñaba en llegar a vivir de la música, lo cual le parecía bastante egoísta por su parte, y no le extrañaba que hubieran terminado mal. Al menos a mí me va bien con mi mujer gracias a que tengo un empleo fijo, considera mientras se despiden con un apretón de manos.

Momo discute con su mujer mientras las niñas lloraban, como de costumbre.
Un día más se arrepentía de haberse casado.
Qué le costaría a ella dejarle dormir en paz.
Había estado trabajando.
Era un artista, no un juerguista.
Vale, se había pasado un rato charlando, pero quién no tiene derecho a hacerlo.
Por lo visto eso de sentarse en la calle y estarse horas de palique resultaba antes de lo más normal.
Cuando eras joven parecía que aún tenías derecho a ver a tus amigos, pero en cuanto te casabas, se suponía que debías recluirte en casa como en un monasterio, ponerte a ver la tele y quedarte más embobado aún que con los porros.
Pues él se negaba, lo sentía mucho pero necesitaba defender sus derechos de ciudadano libre, especialmente frente a su mujer, que más bien parecía un policía disfrazado.
Así comprendía que muchos hombres se vieran obligados a mentir a sus cónyuges al salir de trabajar diciéndoles que estaban en la oficina.
Él no quería caer tan bajo, pero aún así reconocía que alargaba todo lo posible su jornada laboral.
Le salía de manera inconsciente.
Se pasaba el día perdiendo el tiempo, viendo chorradas en internet, y luego le tocaba ponerse a currar a última hora.
Lo sentía por las niñas, pero de ellas se encargaban las abuelas, y parecían encantadas.
Qué diferencia abismal existía entre la generación de sus padres, la suya y la de sus hijas.
Unos nacidos durante la autarquía, otros abiertos a Europa, y ahora todos inmersos en plena globalización.
Aunque mirándolo fríamente le parecía que la diferencia radicaba en que cada generación vivía más enclaustrada que la anterior.
Por eso lo único que deseaba era manifestarse esa tarde, al fin.
Y esperaba que aquellas movilizaciones por la libertad, en nombre de la verdadera democracia, se prolongaran durante largo tiempo.
Al parecer estaba previsto comenzar a celebrar asambleas en los barrios, y eso le parecía un sueño tras tantos años de silencio por parte de la ciudadanía.
A él le gustaba la libertad de expresión, pero a su mujer no.
Ella era una de las miles de mujeres que perdían su tiempo libre en soledad comprando en Zara.
Así iba el mundo, mal para todos excepto para el dueño de esa empresa gracias al trabajo de las mujeres.
Ella se dejaba allí el sueldo, y luego no era de extrañar que estuviera amargada.
Con sus hijas no pasaba ni una hora al día, hasta las bañaba su madre.
Por las mañanas, era él el que las llevaba a la guardería, así no la molestaban.
Para acicalarse le hacían falta horas.
Y todo para ir a trabajar a la oficina de la empresa inmobiliaria de su papá, donde se creía la jefa por haber estudiado Empresariales.
Luego, como sólo estaba pendiente de sus tacones y sus collares, no se enteraba ni de uno de los chanchullos que hacía su padre, que había que estar ciego para no verlos.
Menudo paripé.
A cambio sus padres pagaban la guardería en la que había querido meter a las gemelas nada más nacer, como si le desagradara el contacto con ellas.
Y lo peor es que cuando se pelean, como ahora, él se lo echa todo en cara.

Momo duerme al fin.

Su mujer se había ido con las niñas a comer a casa de sus padres.

En principio todos los domingos tenía que ser así, como si lo hubiera estipulado un juez.

La verdad es que aquello le parecía una especie de dictadura.

Además precisamente los domingos, después de misa de doce, a la que sus suegros no iban, pero qué más daba si luego celebraban la eucaristía en familia.

De milagro no le habían obligado a casarse por la iglesia.

De hecho la familia de ella lo había sugerido, pero sus padres se habían opuesto.

Aunque a él, ya puestos, hasta le hubiera dado igual.

Casarse estaba hecho para reproducirse como en una especie de granja.

Ganado cristiano, mahometano, budista...

¡Qué más daba en este mundo global!

Si eso era lo que todos los hombres tenían que aguantar en contrapartida a disfrutar de sexo seguro y asegurado, había que asumir los inconvenientes.

Por mucho que le doliera, él había entrado en el juego; aunque aún tenía esperanzas de salir, al menos a pasear un rato en libertad, como pensaba hacer aquella misma tarde a las seis.

Por eso se iba todos los sábados por la noche a pintar en la calle, para tratar de librarse de la maldita comida dominical.

Su esposa siempre montaba en cólera, pero él terminaba saliéndose con la suya.

Además ella hacía lo mismo los sábados.

En principio les tocaba ir a la casa de sus padres, pero siempre encontraba alguna excusa para evitarlo.

Si no salía tarde del gimnasio, la chica que le hacía la manicura o el peluquero se entretenían más de la cuenta.

Luego le tocaba a él llamar al Telepizza y a su madre disculpándose.

Así no era de extrañar que luego su suegra la odiara.

Trataba de disimular mostrándose afable y sonriente, pero se le notaba en la voz.

Al menos sus padres no eran unos ignorantes pretenciosos como los de su mujer.

El padre de Mercedes, si sostenía el periódico durante horas frente a sus narices, La Razón, era simplemente para parapetarse tras él.

Sus padres, leían ambos El País, lo que ofrecía a la pareja una cierta imagen de igualdad.

Pero en realidad no era así, dado que los dos trabajaban en la librería y era ella la que compraba, limpiaba y cocinaba.

La Madre de Mercedes también, pero a diferencia de la suya, se vestía de ricachona y se permitía no trabajar gracias a los manejos inmobiliarios de su marido.

Aunque ya antes, cuando él era un simple contratista, según las fotos familiares, siempre llevaba falda, tacones, pendientes, los labios rojos, las uñas pintadas, y se notaba que iba a la peluquería.

Mercedes era también de esa clase de mujeres que se arreglaban muchísimo.

Cuando se habían conocido, le había gustado precisamente por eso, ya que el aspecto de su madre le parecía deprimente, pues iba siempre con pantalones, sin maquillar y con el pelo canoso sin peinar.

El tener a su lado a una chica siempre arreglada, aunque no era guapa, le hacía sentirse seguro.

Eso le parecía lo que todo hombre necesitaba, y le atraían terriblemente las mujeres engalanadas, aunque nunca leyeran el periódico.

Por eso ahora, gracias a que al menos posee una, duerme tranquilo.

Momo mira la nevera y el móvil al mismo tiempo.

¡Qué mala suerte!

Se había ofrecido en el trabajo a liderar a las chicas de la revista en la manifestación de esa tarde, y la única que se había apuntado a seguirle portando sus pancartas había

sido la redactora jefe.

No le caía mal, era buena persona, pero la más fea.

Así que con la bronca que había tenido con su mujer y lo poco que había dormido, le daban ganas de desertar.

Pero no podía.

Un modernito como él, con aspiraciones artísticas, no podía faltar.

Se trataba de una fecha histórica.

Sería una revolución.

Él se había imaginado a sí mismo como una especie de marajá rodeado de un harén de pivones.

Aquel era su verdadero sueño en la vida.

Quizás sus motivaciones profundas para dedicarse al arte procedían de ahí.

Conscientemente no se lo planteaba, sino se desalentaría pues aquella aspiración no tenía visos de hacerse realidad.

Lo del trabajo en la revista, quizás tampoco era casual, y lo había escogido creyendo que se encontraría rodeado de chicas guapas.

Al final, no era así.

Nada es lo que parece.

Sólo en ciertos lugares de moda muy concretos, restaurantes bio para tomar ensaladas y beberse zumos naturales, podían verse chicas tan impresionantes como en las revistas, ya que precisamente iban a comer a esos sitios para cuidarse.

Eran actrices o modelos que ni siquiera se dignaban a darle a uno los buenos días ni a deseárselo buen provecho aún habiendo estado sentado cincuenta veces a dos palmos de sus bonitas narices.

Lo cierto es que su frialdad no tenía límite.

Sin duda querían parecerse tanto a las de papel, o las de las pantallas, que terminaban por mostrarse más distantes y frías que estatuas.

Por lo visto, y estaba socialmente aceptado, carecían de conversación.

Se cotizaban tan caro que nunca llegaría a poder acercarse a ninguna, y eso suponía que desgraciadamente seguiría largos años siéndole fiel a su esposa.

Aunque no era bella, ni esbelta, al menos se aprendía de memoria las páginas de la revista en la que él trabajaba y hacía lo imposible por parecerseles.

Incluso él se sentía afortunado, porque más valía eso que nada.

El sexo era como la comida, se trataba de una necesidad y había que satisfacerla como fuera.

De hecho había encontrado un cierto equilibrio en su alimentación, y curiosamente guardaba relación con las mujeres de su vida.

En casa, como ninguno de los dos cocinaba, comían todo precocinado y artificial.

Precisamente a sus hijas también las habían concebido así, porque por el método natural no había habido manera.

Lo que a nivel nutricional le salvaba la vida, eran los tupper que su madre le daba los sábados cuando iban a comer a su casa, como recompensa.

Y luego estaban las ensaladas con los pivones para compensar los kebabs y la basura grasienta que engullía cuando estaba hambriento, como era el caso.

Por eso ahora, comprobando que sólo había una pizza precocinada en la nevera y en el móvil un mensaje de Miriam, se sentía desalentado.

Momo habla con su mujer por teléfono.
Ahora se mostraba cariñosa y le pedía que volviera pronto a casa.
Al parecer hasta le interesaba saber qué tal había ido la manifestación, cuando a ella normalmente esas cosas le importaban un pimiento.
Pues estupendamente.
Resulta que allí se hallaba rodeado de gente simpatiquísima y con ganas de mejorar la situación política española de verdad.
Incluso se había encontrado con Marcos de nuevo.
Él también estaba ahora en la Puerta del Sol con su ex, con la que acaba de volver.
Aquello le parecía un sueño.
Se diría que le rodeaban enamorados de los de verdad y no de los que, como él mismo, se habían visto obligados a instrumentalizar el amor para poder follar.
Eso le hacía plantearse muchas cosas.
Una chica de las que se encontraba allí contaba que había de un grupo de filósofos llamado Tiquun considerados altamente peligrosos por manifestar que el capitalismo mataba el amor.
Tanto era así que un miembro de ese grupo había terminado en la cárcel durante las manifestaciones estudiantiles y obreras de hacía unos años en París.
Proponían la Huelga Humana, y eso le sonaba por haberlo visto escrito en las paredes de un recinto de Tabacalera.
Lo que había allí era sobre todo mucho ánimo.
Él no había leído el libro que había promovido aquella acción social, pues lo suyo no era la lectura, pero otros que sí lo habían hecho reflexionaban sobre la indignación como motor de la valentía.
Él también se consideraba un indignado.
Su arte, el valor, el esfuerzo y la energía para llevarlo a cabo, nacía del compromiso contra lo que él consideraba injusticias.
De hecho durante la época de Aznar no había cesado de crear.
Su obra se había caracterizado siempre por la resistencia a esa política nazi ultraliberal que se había propagado por Europa nutriéndose del odio a los árabes generado a raíz de los atentados del 11 de septiembre.
Una chica de las que estaba allí, una tal Marisa, mantenía que el arma que había utilizado el fascismo nazi para volver a invadir Europa se encontraba dentro de cada uno de nosotros, y combatirlo consistía en una compleja labor individual.
Según ella, las almas que no gozaban morían, y las que sufrían estaban dispuestas de matar de forma real o simbólica a los que les rodeaban.
Lo cierto es que, por mucho que le pesara reconocerlo, él disfrutaba más creando que haciendo el amor con su mujer.
En el fondo le parecía frígida, aunque tampoco había estado con tantas en su vida como para poder garantizarlo.
Pero esa tarde, tras haber escuchado hablar a mujeres comprometidas y visto a parejas amarse de verdad, había comenzado a preguntarse si realmente no se encontraría conviviendo con el enemigo.
Lo cierto es que allí no había pivones, ni mujeres con tacones, arregladísimas y maquilladas como la suya, pero sí chicas con rostros que, como el la ex de Marcos, irradiaban felicidad.
En el fondo cree que Mercedes le llama únicamente para asegurarse de que irá por la mañana a llevar a las niñas a la guardería.
Mientras habla con ella, siente como si su voz fuera la de una arpía que finge quererle para lograr de él lo que le interesa.

Momo hacía mucho tiempo que no se lo pasaba tan bien como aquella tarde. Aunque no había pivones, al menos con aquellas mujeres se podía hablar, y eso le extrañará porque nunca antes había encontrado en su camino chicas así de afables con el sexo contrario.

Al lado incluso de Miriam, la más fea de todas, su mujer le parecerá un cardo. Habrá una que le volverá loco, se llama Mónica, y por algo que él no llega a comprender, no puede dejar de mirarla.

Así, cada vez que ella proponga algo, no sólo él, sino montones de chicos, la seguirán entusiasmados.

Con la esperanza de verla, acudirá a las protestas cada tarde al salir de trabajar. De hecho dejará la oficina más pronto que nunca, buscando algo incierto, que no será otra cosa que un tipo de contacto con el sexo opuesto que desconocía hasta entonces. Pasadas unas semanas, incluso encontrará a su mujer menos exasperante, y dejará de verla como un mal necesario para comenzar a mirarla, escucharla y hablarle con delicadeza.

Su rostro le parecerá menos crispado, y durante un tiempo incluso dejará de ir a comprar a Zara, y dedicará menos tiempo a sus uñas, maquillaje y peinado.

Incluso él, que temía que si se descuidaba un poco parecería un monstruo, se da cuenta de que el estar más alegre y tranquila la embellece.

En la cama también se entenderán mejor.

El sexo será menos tenso, y hasta habrá un poco de ternura.

Meditando sobre la cuestión de las relaciones de pareja, ya que las suyas le parecían un verdadero suplicio, y sin tele ni trabajo podrían acabar en asesinato; se dará cuenta de que teniendo temas interesantes sobre los que discutir, como sucede en las asambleas, la voz de las mujeres no suena tan irritante.

Mercedes, al verlo también a él más contento que de costumbre, incluso le animará a participar en aquello que conoce a través de la pantalla del televisor, y que le gusta porque le parece como si se tratara de una nueva serie en la que su marido ha conseguido un pequeño papel.

Lo que no sabe es que él acosará aún más a las jovencitas que los árabes y africanos que también andan por allí pululando, como todos, esperando a ver si se regala algo, pues el sexo se ha vuelto la mercancía más cotizada del mundo.

Se tratará simplemente de la reacción lógica del cuerpo ante la primavera, aunque él se sentirá en el fondo avergonzado de su conducta, creyéndose un depravado.

Un día, leyendo un artículo escrito por Miriam en su propia revista feminista, averiguará que durante el mayo del 68 los jóvenes de todo el mundo occidental demandaban únicamente libertad sexual.

Pero jamás la obtendrán, ni a partir del 15 de mayo, ni en las primaveras subsiguientes a cada grave crisis económica; porque tal como se demostró en París, los jóvenes dejan pronto de serlo y, como él, prefieren permanecer junto a mujeres burguesas.

Tal como afirmará Miriam, el problema sexual por el cual Cohn-Bendit increpó al ministro de juventud y deporte desencadenando una revolución, tendrá que solucionarlo cada uno solito, porque incluso a dos la cosa estará difícil.

Y aquello le sugerirá un nuevo estencil en el que aparece en mayúsculas el lema “Revolución sexual” y una pareja besándose.

Pero todo aquello lo olvidará, se hará viejo y seguirá con su mujer.

Aunque una primavera, cuando sus hijas sean ya mayorcitas y empiecen a volverse hippies para no parecerse a la amargada de su madre, vendrán a casa con una amiguita muy mona y comprometida con la que charlará un rato, descubriendo que hacía muchísimo tiempo que no se lo pasaba tan bien como aquella tarde.